

EBBA BJÖRKLUND

(parte 1/2)



Juego: Vaesen (Free League Publishing, Devir)

Ambientación: Fantasía urbana victoriana (oscura)

Clase/concepto: Escritora

«Aquella noche había luna llen...

Ebba yacía recostada sobre su lec...

Los blandos almohadones...».

El papel, arrugado, termina en la papelera. Inspiro. Mojo la pluma de nuevo, me sujeto la mano temblorosa con la otra, cierro los ojos un instante y los vuelvo a abrir.

Vuelvo a empezar.

«No podía dormir.

La noche anterior a su séptimo cumpleaños, la pequeña Ebba no podía dormir. Con sus enormes ojos marinos completamente abiertos, aburrida de contemplar los frescos del techo a la tenue luz de un candil, dio varias vueltas completas en la cama, mientras los minutos se sucedían como si de años se tratara y la manecilla del reloj de pared que en su cuarto había sonaba cual trueno que presagia tormenta, lenta, inexorable.

Tras un par de horas en las que en el suelo acabaron las sábanas y varios de los almohadones, a sus pies, la niña finalmente se levantó. Cogió el candil cubierto que siempre daba luz en su habitación, el que su madre encendía al arroparla para que no quedara completamente a oscuras, temiendo la noche. Pasito a pasito, de puntillas, se acercó a la ventana. Con mucho cuidado, levantó la manija y la abrió, empujando los postigos.

Y entonces lo vio.

Allí, al lado de los establos de padre, en el campo trasero de la casa, había un corcel. ¿Se habría escapado? Un maravilloso ejemplar de semental negro azabache, el cual, en función de cómo incidiese en él la luz de la luna llena, pareciera tener una capa azul perla que hacía refulgir su oscuro lomo, trotaba grácilmente por el jardín. Su crin, ondulada y brillante como si humedecida se encontrara, se deslizaba por el poderoso lateral del animal, en cascada, saltando y agitándose a su lado a medida que el corcel avanzaba, acercándose a ella con un movimiento hipnótico.

Al llegar bajo su ventana, agitó la cabeza, relinchó y se alzó a dos patas, luego pateó el suelo, invitándola a acercarse. Maravillada la pequeña Ebba ante la visión de tan fantástica criatura, dejó el candil en un lado y asomó peligrosamente la mitad de su cuerpo, tratando de alcanzar con su diminuta manita el morro del equino, quien pareció percatarse de su intento y alzó la testa, dejando que la niña le acariciase los belfos, mientras olisqueaba la pequeña palma, haciéndole cosquillas. Como si de un humano se tratase, pareció comprender perfectamente los anhelos de la joven Björklund y se colocó de lado, posicionando el lomo justo bajo el quicio de la ventana. Entonces, moviéndose casi como si unos invisibles hilos tirasen de ella, Ebba se alzó sobre el alféizar, no sin cierto esfuerzo, y bajó de este por el otro lado, colocándose precariamente a horcadas sobre el aterciopelado

lomo del animal, remangando los bajos de su níveo camisón que en la oscuridad de la noche contrastaba con el opalescente pelaje del semental.

Al principio, el animal dio un par de vueltas por el campo trasero de la casona, en un suave trote ligero, permitiendo que la niña se hiciese a ello poco a poco. Resonaban las cristalinas carcajadas de la pequeña cual caída de agua en un virgen manantial, dejando tras de sí musicales notas en el aire nocturno. Poco a poco, casi como si caminara de puntillas, el brioso corcel se fue alejando de la casa, atravesando los terrenos en dirección a la verja trasera de la misma.

Y fue entonces, cuando ya no distinguía la pequeña lucecita de la ventana de su habitación en la fachada, cuando la pequeña Ebba comenzó a inquietarse.

—Llévame de vuelta —pidió, con una tímida vocecilla entrecortada—. Da la vuelta y llévame a casa, no quiero ir más lejos.

Sin embargo, el corcel no pareció hacerle caso, más bien a la inversa, se giró en dirección contraria, encarando la verja, casi como si midiese su altura.

—No... —pidió la cría, valorando por unos instantes saltar del caballo, pero descartando la idea por completo en cuanto sus ojos aguamarina contemplaron el abismo que la separaba del suelo—. Por favor, padre y madre no me dejan ir más lejos... me castigarán. Por favor, esto ya no es divertido, ¡llévame de vuelta! —suplicó, tironeando de las crines del animal para que este se volviese.

Empero, lejos de hacerle caso, el semental negro perla comenzó a galopar. De súbito. A paso ligero y veloz. Con un aullido de terror, la pequeña Björklund rodeó con los brazos el musculoso cuello del animal y se aferró a la crin de este lo más fuertemente posible. Con fuerza cerró los ojos, tratando de despertar de aquel sueño tornado en pesadilla, mas de aquello no se vio capaz. Al contrario, sintió cómo un enjambre de mariposas revoloteaba en la boca de su estómago cuando su improvisada montura se elevó sobre la verja, si bien los ojos no osó abrir. Percibió el chasquido de la hojarasca bajo los cascos del semental, que corría a gran velocidad a través del bosque, y el arañazo de las ramas y zarzas sintió en sus níveos brazos y piernas a medida que se adentraban en la profunda floresta. Ebba gritó, suplicó y pateó con los desnudos talones de sus pequeños piecitos los flancos del ya no tan amigable equino.

Aulló. Imploró. Lloró. Recordó las sabias palabras de su padre: “nunca aceptes una invitación de quien no se haya presentado primero”. ¿Aquello también a los animales se aplicaba? Lloró de nuevo. Añoró su candil, los frescos del techo, los almohadones a sus pies; añoró el insomnio de la madrugada, los eternos segundos, el atronador avance del reloj.

Y entonces, de súbito, el corcel se detuvo tan repentinamente como hubiere iniciado su cabalgadura. Salió volando la menor de los Björklund, por encima de los lomos del animal, dando con sus huesos a parar a un húmedo y cenagoso terreno, manchándose el rostro y el desgajado camisón de cieno y lodo. Se irguió tambaleante, tiritando, los bracitos en torno al cuerpo tiñendo de carmesí los restos de su nocturna vestimenta, ahora una amalgama de barro y sangre.

—¿Por... por qué me has traído aquí? —inquirió la niña, con un hilo de voz una octava más aguda de lo habitual, secándose las lágrimas con unas manitas que no hicieron sino embadurnar su rostro aún más—. Por... por favor... llévame de vuelta. No lo diré a nadie, yo...

Empero en sus labios murieron las palabras cuando el morro del hermoso ejemplar abrió las fauces y a ellas asomaron afilados colmillos, cual brillantes cuchillas que reflejaban el brillo de la luna. Trastabillaron los heridos pies de la pequeña Ebba al retroceder a causa del miedo, cayendo al agua de la ciénaga, enredando sus brazos y piernas las algas y los delgados tallos

de las plantas acuáticas, cual si de fieles sirvientes del corcel se tratase. Los colmillos de aquel hermoso monstruo se cernieron sobre ella, decidido su destino merced a una nocturnal travesura. Entonces, en ese preciso instante, una gigantesca sombra se cernió sobre ambos. Desbocado su corazón, presa del pánico, Ebba Björklund cerró fuertemente los ojos y se sumió pronto en la más completa oscuridad...

...flotaba en el aire...

...no... no flotaba...

...algo...

...alguien... la llevaba en brazos.

En las manos, más bien. Pareciera que únicamente necesitaba de las manos para transportar la diminuta figura enroscada de la cría. Ebba abrió un ojito, miró hacia arriba, atisbó una nariz sólida, una definida mandíbula rodeada de una espesa barba argéntea, unos ojos penetrantes, recios, decididos. Conteniendo la respiración, lo cerró de nuevo, de golpe.

Durante unos instantes de corto vuelo, sintió una vez más las mariposas en el estómago. De cuánto tiempo llevaban moviéndose, no tenía idea alguna. Había perdido la noción del mismo. No sabía qué había sido del hermosamente monstruoso equino, mas nada más supo nunca de él. Y de pronto, las gigantesca manos pasaron con ella bajo el dintel de una ventana sobre cuyo alféizar reposaba un ya apagado candil. Con una delicadeza impropia, a la par que sorprendente, la posaron sobre el lecho, introduciendo por el hueco de la ventana medio cuerpo. Después, tratando de que la simulada durmiente no despertase, retiraron las grandes manos los restos del camisón, por completo cubriendo el cuerpo de Ebba con las palmas extendidas, durante unos segundos en los que ella no osó moverse, de no ser por el débil temblor de sus miembros causado por el miedo. Sin embargo, aquellas manos calentaron su congelado cuerpo, limpiaron su suciedad, desenredaron sus tirabuzones, recuperando su color del coral, y sanaron sus heridas por completo. Cuando se retiraron, la cubrieron con la sábana, haciendo gala de una ternura inusitada en unos miembros tan toscos y recios. Y entonces se apartaron.

Cuando Ebba abrió los ojos, un difuso rostro sonriente observaba desde lo alto. Alzó un dedo, lo posó delicadamente sobre unos gruesos labios. Después desapareció. Se arrebujó entonces la pequeña Björklund entre las mantas, cansada, sumiéndose irremediabilmente en un profundo y reconfortante sueño».

Ebba Björklund

~Memorias del Silencio

Y, sin embargo, no fue aquello lo que sucedió. Así es. Nada tan sobrenatural ni tan fantástico. Aquella noche, la víspera de mi séptimo cumpleaños, tan solo fui una cría desobediente que quiso montar el caballo de su padre, el bello corcel en el que padre me tenía prohibido subir, por ser demasiado grande e incontrolable para mí. La montura se desbocó y se internó en el bosque, donde caí al suelo cuando las fuerzas me fallaron y ya no pude aferrarme a él mucho más. Fue el mismo padre quien, al ver que no me hallaba en mi cuarto, hubo de venir a buscarme. Padre me encontró, me llevó a mi habitación, me lavó, curó mis arañazos y me volvió a arropar, deshaciéndose del camisón roto para que madre no me regañara. Mi travesura, nuestro secreto. Nadie mencionó nunca el incidente. Nadie dijo nada más. La realidad, como pueden ver, es mucho más sencilla y lógica que el relato. Porque la imaginación de los niños contempla siempre las cosas desde una perspectiva diferente, irreal.

Porque la imaginación de los niños ve cosas que no son verdad.